



Plaza Cibeles, con la calle de Alcalá y la Gran Vía al fondo.

VIDAS INVISIBLES

Crónica de la literatura de cartón



Por Francisco Javier Barbado

Introducción

Existe un aspecto en las calles de Madrid poco conocido, ignorado y olvidado, humilde y triste, fuera de la cultura oficial e institucional, que yo he denominado la literatura cartón (F.J. Barbado, *Revista Medicina Narrativa*, Universidad Pontificia Javeriana de Cali, Colombia, 2017; 2:103-111; *Impuestos de los mendigos*, *El País* 10-10-18), los relatos de las vidas de los pobres, mendigos, parados, arruinados, inmigrantes o refugiados. ¡Los nadie entre los nadie!

Los cartones callejeros son el Twitter y el WhatsApp de los pobres, la literatura popular infima de los abandonados y olvidados. Decía don Julio Camba (*Sobre casi todo*, 1928) que “la mendicidad es algo así como la libertad

de imprenta de los pobres”, hoy diríamos que los cartones son las redes sociales del mendigo.

Sorprende que el escritor Antonio Muñoz Molina en su reciente *¿novela? ‘Un andar solitario entre la gente’* apenas menciona los relatos de los cartones de los indigentes callejeros. Más llamativo es aún constatar que este lenguaje escrito y su significado, es orillado por las instituciones municipales o estatales en sus exposiciones de arte marginal o de historias alternativas de la ciudad. Un ejemplo reciente es su ausencia en las muestras “La cara oculta de la luna” y “La No Comunidad”, en el Centro Cibeles de Madrid.

Rafael Fernández Andrade y colaboradores (*Revista Española de Medicina Legal*, 2018; 44: 55-63) detallan que en el munici-

pio de Madrid, en diciembre de 2014, se realizó el “Recuento Nocturno de Personas Sin Hogar” en el que se detectaron 764 personas “sin techo”, es decir con una ubicación de pernocta en plena calle. El Instituto Nacional de Estadística ha publicado que en el año 2012 se atendieron 22.938 personas sin hogar en centros asistenciales de alojamiento y restauración, con predominio en Cataluña (15,4%) y en la Comunidad de Madrid (15,4%). Más recientemente en Barcelona, la Red de Atención a Personas sin Hogar (XAPSLL, en sus siglas en catalán) ha cuantificado en 956 el número de personas “sin techo” entre enero y mayo de 2018 (*El País*, 11-11-18)

Pero no estamos solos, en Buenos Aires hay unas 8.000 personas

viviendo en la calle y 20.000 en peligro de caer en esta situación (Mariana Enríquez, *‘Los nuevos pobres’*, 2018). En Estados Unidos de América, San Francisco representa hoy día una ciudad refugio para los indigentes, alrededor de 12.000 personas están en situación de extrema pobreza (Javier Cordeiro, *‘San Francisco y los indigentes’*, 2108).

Objetivos

En mis paseos solitarios por las calles céntricas de Madrid me propuse: 1. avistar las personas que anidan en la calle y registrar los escritos de sus cartones; 2. analizar el contenido de sus relatos, su significado y clasificación; 3. advertir si se trata de una variante de la literatura popular, no descrita en el Diccionario de Literatura Popular Española (Joaquín Álvarez Barrientos, María José Rodríguez Sánchez de León, Ediciones Colegio de España, 1997).

Breve metódica

El período de tiempo para el hallazgo y recogida de los escritos de los cartones fue desde enero de 2017 hasta agosto de 2018, alternando las rutas una o dos veces a la semana.

La mayoría de los territorios paseados estaban dentro de la zona denominada en los planos



al uso centro de Madrid.

Una arteria fundamental fue el itinerario de sur a norte que comprendía las Rondas de Valencia y Atocha, plaza del Emperador Carlos V (plaza de Atocha), paseo del Prado, plaza Cánovas del Castillo (Neptuno), plaza de Cibeles, paseo de Recoletos, con dos ramas las calles Génova y Serrano. Otra ruta predominante fue de este a oeste, desde Cibeles, calle Alcalá con las dos bifurcaciones, una la Gran Vía y la calle de la Princesa y la otra Puerta del Sol, calle del Arenal, con pequeños aledaños, calle Postas y calle Mayor. Fueron zonas ectópicas de estos troncos: el cuartel de la Montaña y paseos del Rey y de la Florida (Príncipe Pío) y el tren de cercanías Príncipe Pío- Atocha.

Como material utilicé una mochila con una pequeña oficina: libreta, lápices, gomas, sacapuntas y el iPhone para la iconografía.

Resultados

En los itinerarios realizados pude observar a 85 personas sentadas o tumbadas, mostrando cartones con relatos de sus vidas, solicitando o suplicando ayuda a un prójimo indiferente, que ni les mira ni les ve.

De los 85 mendigos, 59 eran varones (69%) y 26 mujeres (31%), extranjeros 28 (33%) con predominio de rumanos, eslovacos y

portugueses; la mayoría de los extranjeros eran mujeres (18).

La mayor concentración de mendigos fue en la época de la Navidad y meses aledaños.

El tamaño de los cartones oscilaba desde 20x40 a 50x100 centímetros.

Los relatos estaban escritos en castellano (salvo dos bilingües, español e inglés). La redacción del texto era correcta, excepto en 8 casos (9%) en los que había faltas de ortografía o una redacción inadecuada con mezcla de palabras de dos idiomas. Solo en un cartón existía el vocablo limosna, y en 15 se invocaba el nombre de Dios.

Los asentamientos más habituales estaban en sitios estratégicos como puertas de las sucursales de los bancos, bancos de los parques (templo de Debod, cuartel de la Montaña), puertas de centros comerciales, esquinas y zonas de la aceras más transitadas, y menos frecuente en las puertas de las iglesias o de los mercados. El mayor número de asentamientos fue en la Gran Vía (19 mendigos), seguido del paseo del Prado (8), calle de Alcalá (7) y el resto con cifras

menores: paseo de la Florida, Atocha y plaza de Cibeles (5), calles Mayor, Arenal y tren de cercanías (3), paseo del Rey, templo de Debod, Neptuno (2); y con uno solo

Comentarios

El comienzo de los relatos en los cartones es muy variado y dispar, desde el moderno “Hola”, al reverencial “Excelentísimos señores y señoras”, o el tradicional “Queridos hermanos y hermanas”, “Señor o señores”; o el más directo “mi nombre es...”

Los cartones callejeros son el Twitter y el WhatsApp de los pobres, la literatura popular ínfima de los abandonados y olvidados

Los mensajes breves.

Suelen ser como tuits con una petición de ayuda perentoria, por ejemplo “solo tengo su ayuda,

gracias”; “por favor pido ayuda para subsistir”; “queridos hermanos/as os pido ayuda para comer, gracias”; “estoy en la calle, necesito para comer, muchas gracias”; “no tengo para comer, busco trabajo”; “ruego y agradecería alimentos de primera necesidad, arroz, leche...”; “estoy en la calle, necesito para comer”.

El pan de los hijos.

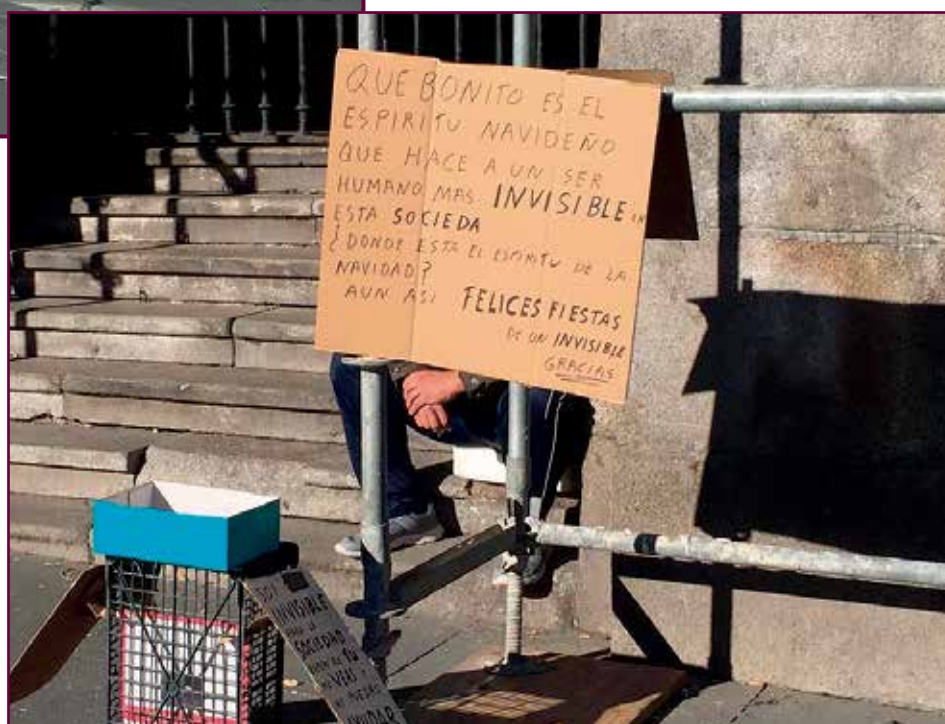
Invocaron a los hijos 15 mendigos, sin diferencia de género (8 mujeres y 7 varones).

No advertí la presencia de ningún niño acompañante como gancho para arañar los sentimientos, es probable que esté prohibido por la legislación vigente. Antaño era

frecuente la presencia de niños, incluso lactantes, adormecidos o arropados en los brazos de la madre.

Un inciso. El niño pobre, como pícaro o mendigo, ha sido tratado en la pintura española del barroco, y destaca el realismo de los cuadros de Murillo (1617-1682). En el mundo de los niños mendigos y vagabundos creado por Murillo, el ejemplo más significativo y conmovedor es el “Niño espulgándose”.

Los hijos son citados en los cartones para poderles dar de comer. Un relato, con tintes dramáticos, expuesto en un gran cartón en la Gran Vía cerca de la



Cartón navideño de un invisible en la Gran Vía.

Telefónica es el siguiente: “Señores estoy sin trabajo y sin paro y la necesidad me obliga a rogarles una ayuda para mantener cuatro hijos. Saben ustedes lo duro que es un hijo suyo le pida un trozo de pan y no tenga para dárselo. Por eso les pido una ayuda, alimento o lo que pueda. Y que Dios se lo pague”.

Ejemplo de narraciones más cortas fueron: “necesito ayuda para comer y cuidar a mis hijos. Gracias”, “Por favor, pido ayuda para comer, mis cuatro hijos pasan hambre. No tengo ni casa, ni mesa, solo su ayuda. Gracias”; “por favor ayúdame, vivo en la calle, mis dos hijos pasan hambre”.

El hilo rojo de las enfermedades.

Es un asunto que a veces se superpone con el argumento de los hijos. Es relevante que predomine la mención al SIDA, la diabetes mellitus, el asma bronquial, alteraciones de la visuales y auditivas y curiosamente los tumores de cabeza y cuello; de forma aislada se citan alteraciones reumáticas y vasculares.

El ejemplo más trágico es una mujer joven, con amaurosis, pupilas opacas y con una esquila en el cuello y que mueve de forma espasmódica. Tiene el aire de los lisiados retratados por el gran pintor flamenco Pieter Bruegel el Viejo (1525-1569) o de una figura de El Bosco (1450/1560-1516). Sentada en el dintorno del Museo del Prado, lleva un cartón colgado al cuello que nadie lee, pero que reza así: “Hola, soy una chica ciega, tengo 29 años. No tengo trabajo, ni puedo pagar el alquiler de una habitación y necesito tu ayuda, con ropa, comida, etc. Gracias. ¡Que Dios te bendiga!”.

Algunos ejemplos de este grupo son: “estoy enfermo de SIDA. Pido una ayuda. Gracias”; a veces se aduce pluripatología como “Hola, no veo de un ojo, estoy operada de la cabeza. Vivo en la calle y pido una moneda para medicinas. Gracias”; “española, enferma de la vista. Artritis. Artritis. Trombosis. Muchas gracias”; a veces se juntan hijos y enfermedades: “por favor pido ayuda para tratamiento diabético, asma bronquial. Tengo 3 hijos y vivo en la calle. Tengo solo su ayuda. Feliz Navidad”.

Ningún mendigo exhibió, como existía en tiempos de don Benito Pérez Galdós y don Pío Baroja, cicatrices, heridas o amputaciones de extremidades.

Solo vi un anciano indigente en la calle Princesa, enfrente de un gran centro comercial, de rodillas, con flexión del cuello hacia el suelo con actitud sumisa y reverencial, con amputación de las extremidades superiores, sin cartón escrito.

El humorismo

Once mendigos expresaban en sus cartones una mezcla de humorismo e ironía amistosa, cortesía y sarcasmo: “Buenos días madrileños, o buenos días Madrid, sean buenos, pórtense bien. Gracias”; a veces el relato era enigmático “por favor, tengo hambre. Eslovaco. Alcoholismo político”.

Es frecuente una escena diaria en la esquina de la calle de Atocha con el paseo del Prado, un hueco que está ocupado por dos singulares humoristas que se alternan en su asentamiento por horas durante la mañana. Uno de edad madura, de ojos burlones

El ejemplo más trágico es una mujer joven, con amaurosis, pupilas opacas y con una esquila en el cuello y que mueve de forma espasmódica

En algunos relatos la cortesía era explícita. La cortesía, como decía Theodore Roosevelt, es un gesto de dignidad, no de sumisión.

jos en cartulinas con lápices de colores, con la ingenuidad de un niño preescolar. En ocasiones tiene cartones con anuncios audaces “se venden dibujos” o “se hacen encargos”. Cuando no pinta lee absorto un libro de bolsillo de la Colección Austral de Espasa Calpe. Y cerca de Atocha, en la Ronda de Valencia, otro mendigo enseñaba una singular oferta “le regalo mi poesía” y otro en la Gran Vía, en la puerta de la Casa del Libro, “te regalo poesía por la voluntad”.

En algunos relatos la cortesía era explícita “que tenga un feliz día y una sonrisa alegre. Una ayuda para comer y otra para una habitación. Muchas gracias”; “gracias por ser buena gente”; “aunque sea una sonrisa”. La cortesía, como decía Theodore Roosevelt, es un gesto de dignidad, no de sumisión.

La ironía puede conllevar la admonición más dura “nadie debería vivir en la calle; sugerir advertencias “para combatir la pobreza económica”; “ni bebo, ni me drogo, solo perdí trabajo y casa”.

Un curioso e incisivo relato en pequeños cartones cambiantes, como si fueran imágenes del cine de juguete de mi infancia “Cine Exin”: “Para la resaca; para vino; para cerveza; por lo menos soy sincero”.

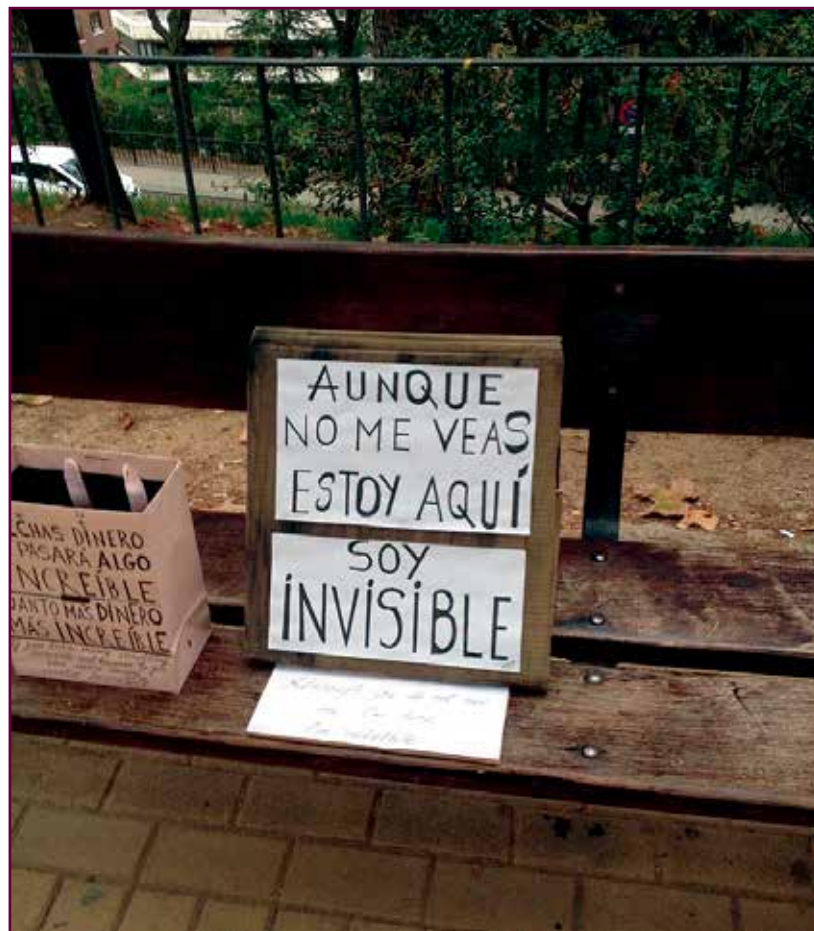
El pauperismo.

Las vidas desgarradas y de extrema pobreza estaban en algunos relatos conmovedores: “Estoy en la calle mal, los últimos días de mi vida”; “Todo lo que tengo lo llevo conmigo”; “Es que no tengo nada, solo el hambre grande”; “Perdido trabajo, perdida casa, perdido todo. Una ayuda, gracias”.

Los invisibles

Seis mendigos hicieron alusión a su exclusión social y se llamaban a sí mismo los invisibles. Rosa Montero con efusión humanista y su habitual claridad y sencillez, escribía sobre las personas sin techo: “los tenemos olvidados: están ante nuestras narices y no les vemos” (El País Semanal, 28-1-18).

Alrededor del templo de Debod vi un cartel cartón enmarcado y colocado encima de un banco solitario con un aviso: “Aunque no me veas estoy aquí, soy invisible”. Y al lado una caja de madera con una inscripción misteriosa “si echas dinero te pa-



Mendigo invisible en el templo de Debod.

y mirada distante, cara maciza con barba encanecida, coloca en el suelo un pequeño cartón con un minirrelato original “Para un Ferrari”.

Un día en una exposición en la Casa de América, en la Galería Guayasamín, con gran sorpresa pude volver a ver al mendigo del Ferrari. El fotógrafo argentino Néstor Chprintzer (Buenos Aires,

1952), afincado en Madrid desde 1978, en una original muestra “Fuera de contexto” exponía una retocada imagen de nuestro mendigo.

El otro mendigo de la esquina de Atocha es un anciano frágil y venerable, al borde de la caquexia, de facies bondadosa, ojos pequeños chispeantes y mirada penetrante, que hace dibu-

sará algo increíble, cuanto más dinero más increíble”. Y debajo el texto traducido al inglés. Por supuesto no vi a nadie.

Y en la Gran Vía, otro invisible se manifestaba con reproches en Navidad: “Qué bonito es el espíritu navideño que hace a un ser humano más invisible a esta sociedad, ¿dónde está el espíritu de la Navidad? Aún así, felices fiestas de un invisible. Gracias”.

Dos reclamos para ser visibles en Cibeles y la Puerta del Sol: “Solo tú puedes ayudarme a dejar de ser invisible para la sociedad. Espero que tú me veas y me puedas ayudar”; “Soy invisible para la sociedad, espero que usted me vea y me pueda ayudar”.

Los invisibles son los que más sufren porque se consideran muertos sociales.

Animales domésticos.

En cinco ocasiones los mendigos tenían a su lado uno o varios perros, en general grandes, de color blanco y pardo, con ojos melancólicos y vidriosos. Esto genera doble sensación de tristeza, pienso que también es muy dura la vida para estos perros.

Recuerdo la historia de un niño mendigo ruso y los perros. Hattie Naylor escribió “Ivan y los perros”, una historia real de un niño Ivan Mishukov que con cuatro años de edad se escapó de una madre con alcoholismo crónico y padrastro agresivo, y se fue a la calle del Moscú tras la desaparecida URSS. Conoce a un perro y su manada lo salvan del frío y el hambre. Su versión teatral se ha representado en todo el mundo.

¿Los perros son el refugio de los sin techo, de los *sinhogarismo* cuando te abandona el animal humano? No lo sé, pero los perros de los mendigos madrileños los he visto adormecidos, tristes, con una mirada ausente...

Españoles

Fue poco frecuente utilizar la presunta xenofobia ajena. Es decir, la defensa de la españolidad como reclamo para la ayuda.

En la calle Serrano un mendigo destaca en su cartón “familia madrileña sin recursos, ayúdenos, por favor”; “español, no tengo casa ni trabajo, una ayuda, gracias”; “hola señores, tengo 68 años y soy español, ayúdeme por favor”.

La literatura del mudo

Es una variante de los cartones

Dos reclamos para ser visibles: “Solo tú puedes ayudarme a dejar de ser invisible para la sociedad. Espero que tú me veas y me puedas ayudar”

Los mendigos con cartones en las calles de Madrid es un colectivo no violento. Al revés, es uno de los más vulnerables de la sociedad, diana de la violencia

relatos: “Hola. Busco trabajo, disculpen las molestias. Soy una mujer separada. Tengo dos hijas. No recibo nada de ayuda ni de paro y no tengo dinero. Para el alquiler, por favor, una pequeña ayuda. Muchísimas gracias. Que Dios te bendiga”; “Hola, señoras y señores. Soy un chico pobre, tengo tres niños. No tengo trabajo y pido una ayuda para poder darles de comer. Muchas gracias”; “Disculpen las molestias. No tengo trabajo ni ayuda y tengo un hijo de un año. Pido una ayuda para poder pagar el alquiler y comer”.

Los cartones en blanco

Dos mendigos exhibían cartones verticales sin escritura, al lado de un bote de plástico para las monedas. Un cartón en blanco quizás sea ¡el mejor relato!, una invitación a retratar en él nuestra conciencia.

En la Ronda de Valencia, camino del Rastro madrileño, una

de Laín Entralgo. Asentado con manta y bolsas en la puerta de una sucursal bancaria, al inicio del paseo de la Florida, todas las semanas cambia el relato en un gran cartón.

Una síntesis de sus relatos es: “Señoras y señores, mi nombre es Z. Vivo en la calle, paso mucha hambre, busco trabajo, no tengo ningún tipo de ingresos. Paso mucha necesidad, estoy desesperado, no puedo sufrir más la calle, busco alguien que me ayude, tú me puedes consolar, necesito urgente su ayuda que agradecería muchísimo. Gracias, atentamente, Florín”.

Al cabo de varios meses una mañana desapareció de su asentamiento, nadie ha vuelto a verle...

Una observación a pie de acera

Los mendigos con cartones en las calles de Madrid es un colectivo no violento. Al revés, es uno de los más vulnerables de la socie-



Parroquia de san Antón, del padre Ángel.

que se da en los trenes de cercanías. Se trata de mendicantes que no conocen ni hablan el español, su aspecto y actitud mimetizan a las personas mudas. Reparten medias cuartillas con sus peticiones dejándolas en los asientos vacíos contiguos al viajero y a veces encima de las rodillas de éste. He aquí tres

mujer enjuta con rostro amargo, mostraba un cartón en blanco al lado de un retrato enmarcado de sus dos hijos.

Una historia singular

Z. es un joven leptosomático, con mirada atormentada e inquietud psicomotora y la dislepidia o trastorno de la esperanza

dad, y con frecuencia suele ser diana de la violencia. Se considera que más de la mitad de las personas sin hogar, los sin techo, han sido víctimas de un delito de odio.

Filósofos mendigos pintados

Siempre me ha llamado la atención la pintura intrigante de los

retratos de filósofos como mendigos.

José de Ribera “El Españoleto” (Játiva, 1591-Nápoles, 1652) utilizó a mendigos para retratar a filósofos de la Antigüedad. Pintó con harapos a Esopo y a Demócrito. Según la ‘Guía del Prado’ (2012) Demócrito de Abdera (460- 370 a.e.) es probablemente el más antiguo de los “filósofos harapientos” de Ribera, en gran medida inventor de este género y de gran éxito en la Italia del siglo XVII. El filósofo está revestido de andrajos de gran belleza que cubren una piel vieja y arrugada, pero llena de dignidad.

El Taller de Rubens (1577-1646) pintó a “Demócrito el filósofo que ríe” cuya actitud ante la vida contrastaba con la de Heráclito de Éfeso que lloraba ante lo absurdo de la existencia y que también retrató.

Diego Velázquez (Sevilla, 1599-Madrid 1660) representó a los filósofos Esopo y Menipo

para el Desarrollo, Observatorio Atento de Delitos de Odio, Asociación Bokatas, Asociación AIREs, Cáritas, Mensajeros de la Paz, etc).

Juan Arias (El País, 17-3-18) destaca que un rasgo indiscutible de Jesús el Maestro era la aceptación y hasta la preferencia en su Reino por los excluidos (pobres, enfermos, lisiados, endemoniados y prostitutas).

En Madrid los mendigos callejeros tienen un refugio abierto las 24 horas del día en la Iglesia de la Misericordia San Antón, en la calle Hortaleza número 63, del Padre Ángel, donde se les da amparo, comida y cobijo.

El Padre Ángel proclama bienvenidos a su iglesia a “los descartados del sistema, los que buscan y no encuentran, los alejados de Dios y de la Iglesia por las razones que sean, los que quieren silencio y oración, los que están solos, los que buscan consuelo a cualquier hora del día o de la noche”.

Aporofobia, inventado por Adela Cortina, catedrática de Ética de la Universidad de Valencia, significa miedo, rechazo, aversión al pobre

Si no nos aterrara mirarlos, verlos y escucharlos podrían contarnos que no es imposible que mañana seamos nosotros quienes necesitemos una mano tendida

de una persona pobre, miramos hacia otro lado”.

A la entrada de la iglesia en su frontispicio destaca un cartelón azul con la siguiente frase: “Aporofobia. Fobia a las personas pobres y desfavorecidas”.

Aporofobia es un vocablo nuevo inventado en el año 2017 por Adela Cortina, catedrática de Ética de la Universidad de Valencia, que significa miedo, rechazo, aversión al pobre, con el intento de desactivar la propensión a rechazar a los peor situados.

Es evidente que en la iglesia de San Antón se ofrecen medidas paliativas, pero el Padre Ángel suele decir que sí, que es cierto, pero mientras tanto les damos el desayuno y bocadillos.

Epicrisis

Los mendigos callejeros escriben en los relatos de los cartones sus biografías desnudas: viven en la calle, en paro, sin trabajo, sin subsidios, sin comida, sin dinero para pagar el alquiler de una habitación; tienen hijos con hambre, enfermedades, el sentimiento del rechazo social, la invisibilidad y a veces son víctimas de los delitos de odio.

Esta literatura de cartón se debe incluir dentro de la literatura popular española y rescatarla del pozo del género ínfimo de los muertos sociales. Sus hachazos biográficos con desesperados desgarros psicológicos exhalan un grito de humanidad y dignidad. ¡El grito inquietante del pintor noruego Edvard Munch!: piden ser vistos y acogidos con empatía y compasión, y sobre todo con justicia y voluntad política.

Si no nos aterrara mirarlos, verlos y escucharlos podrían contarnos que no es imposible que mañana seamos nosotros quienes necesitemos una mano tendida.

Post Scriptum

He leído con asombro (El País, 2-10-18) que la Comunidad de Madrid exige a los mendigos una declaración jurada de sus ingresos mensuales en la calle para descontarlos de la renta mínima de inserción.

Si los políticos leyeran la literatura de cartón de los mendigos y conocieran sus vidas sombrías jamás fiscalizarían la mendicidad.

Francisco Javier Barbado Hernández es ex Jefe de Sección de Medicina Interna del Hospital Universitario La Paz y ex Profesor Asociado de la Universidad Autónoma de Madrid.



Mendigo pintor en el paseo del Prado.

como mendigos harapientos.

Grecia en la época de los filósofos cínicos Antístenes y su sucesor Diógenes de Sinope (siglo IV) se llenó de mendigos de pretensiones más o menos filosóficas que recorrían como vagabundos el país, sobrios y desaliñados, pronunciando discursos morales (Julián Marías, ‘Historia de la Filosofía’, 1975).

Un refugio

Existen diversas asociaciones benéficas, ONG y aldeaños que ayudan y socorren a los indigentes (Fundación Catalana Arrels, Fundación RAIS, ONG Solidarios

El visitante que acude a la iglesia puede observar la acogida de indigentes, pordioseros, vagabundos, sospechosos, enfermos, un sinfín de personas de etnias y países lejanos, heteróclitos...

En San Antón se ofrece a todas las personas servicios variados: “podrás beber agua fresca, tomar un café, entrar con tu mascota, cambiar a tu bebé, hacer fotografías, conectarte a wifi y recargar tu móvil, utilizar el WC, cepillos abiertos: dejar lo que puedas o coger lo que necesites, desfibrilador: repara tu corazón”.

En esta iglesia de San Antón



Material utilizado para el trabajo.

hay una cartela con unas emotivas palabras del Papa Francisco: “les pido perdón por todas las veces que los cristianos delante